

# ¿COINCIDEN DIOS Y LA CIENCIA?

HUGO McCORD



Según el profesor Benjamin Pierce de la Harvard University, «la ciencia y la religión nacieron en una misma casa, y esa casa no está dividida contra sí misma. Existe, y existirá, un aparente conflicto entre ellas; pero este es de origen humano, es suscitado por los defectos de nuestro conocimiento, no por la excelencia de este». Un conflicto entre la verdadera ciencia y la verdadera religión es tan imposible como el que líneas paralelas se junten. La verdad no se contradice a sí misma. Dios es verdad (Juan 14.6), Dios es el primer científico, y Dios es «el autor y consumidor de la fe» (Hebreos 12.2).

En toda la naturaleza, al igual que en la profecía de Balaam, hay una exclamación natural, imposible de reprimir, que reza: «Como ahora, será dicho [...]; ¡Lo que ha hecho Dios!» (Números 23.23b). Los cielos anuncian la gloria de su Hacedor, cantó el poeta de Israel en Salmos 97.6, mientras «un día emite palabra a otro día» (Salmos 19.2). Aunque son asombrosos los logros de los científicos humanos, hay que tomar en cuenta que un Científico más grande que ellos dio forma a todos los materiales y formuló todas las leyes. El más grande de los hombres no puede crear; lo más que puede hacer es usar las herramientas que Dios hizo. Los hombres sólo pueden «tener las ideas de Dios después que Él las ha tenido». Entre más ideas descubren, más asombrados quedan de lo que todavía les falta conocer. «Gloria de Dios es encubrir un asunto; pero honra del rey es escudriñarlo» (Proverbios 25.2).

Wilbur y Orville Wright, los hermanos que volaron el primer aeroplano en 1903, merecen ser elogiados; pero el Dios que concibió la aerodinámica debería serlo más. El descubrimiento que hizo William Harvey de la circulación (1628) es universalmente elogiado, pero el homenaje primordial le pertenece a Aquel que hace la sangre fluir. El salmista dijo: «Te daré las gracias; porque

sobrecogedora y asombrosamente me has formado; maravillosas son tus obras, y mi alma lo sabe muy bien» (Salmos 139.14; NASB). Es absurda, pues, la idea de que la ciencia y la religión puedan en algún momento tener conflicto. Hay ideas imperfectas acerca del Dios de la ciencia, e ideas imperfectas acerca del Dios de la religión, que pueden chocar —y de hecho chocan— pero la verdad prevalecerá. La sabiduría es justificada por sus hijos.

La religión imperfecta —tal como la denuncia que hizo Roma del sistema copernicano, y el trato que ella dio a Galileo Galilei— ha predisposto a algunos científicos en contra de la religión. Galileo creía firmemente en el cosmos heliocéntrico copernicano (con el Sol como centro) que propuso Nicolás Copérnico en 1543. El «Santo Oficio» de Roma decretó un edicto en contra del copernicanismo en 1616, porque la teoría estaba reñida con la idea de la iglesia de un universo cuyo centro era la Tierra. Las obras de Galileo fueron prohibidas, y él fue condenado a prisión perpetua por «fuerte sospecha de herejía», aunque esa pena pronto fue conmutada por arresto domiciliario.<sup>1</sup>

Por otro lado, ha habido falsos científicos que han alienado a algunos religiosos. No obstante, la verdad es la verdad, en el campo que sea —aunque a menudo sea obstaculizada por el prejuicio y la animosidad. «Busca la verdad; dondequiera que esté; y cueste lo que cueste», dijo el Dr. Sparrow. Uno más grande que este prometió: «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Juan 8.32). Las verdades de la religión, como las de la ciencia, constantemente liberan a los hombres de la ignorancia, de la superstición, de las enfermedades y de las tinieblas.

No obstante, no todo lo que se llama verdad en la religión, proviene de Cristo. Juan advirtió: «Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo» (1<sup>era</sup> Juan 4.1).

Pedro asimismo dijo: «Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina» (2ª Pedro 2.1). Cuando un religioso afirma en nombre de Dios que Éste hizo la tierra en el año 4004 a. C., está haciendo una afirmación que carece de sustento. Dios sólo dijo que la creó «en el principio» (Génesis 1.1), cuando sea que tal principio haya sido.

De un modo parecido, no todo lo que se llama verdad en la ciencia es ciencia. Mucho se ha descubierto que no es ciencia (conocimiento objetivo), sino pura imaginación humana. Hubo un tiempo cuando la generación espontánea se consideraba científica. V. J. O'Brien resumió esta teoría, que en el pasado se consideraba cierta, como «ranas, moscas y mosquitos del fango y del lodo; abejas de la ternera; escarabajos de la carne de mula; escorpiones de los cangrejos». Si un cristiano «ilustrado» hubiera aceptado esta pseudociencia, siendo enseñado a no creer en lo que se consideraba «un relato bíblico anticuado de la creación de la vida», ¿qué pensaríamos hoy día de la lealtad de ese cristiano a su Señor? Nos parecería que tal persona hizo de «la ciencia reconocida» su dios —y que si Cristo hubiera tenido cabida en la idea, él lo hubiera aceptado; y que, de otro modo, lo hubiera rechazado. ¡Cuán apenado estaría tal falto de fe si la «ciencia reconocida» diera marcha atrás!

La ciencia ha dado marcha atrás. La generación espontánea fue rechazada. Los científicos reconocieron que estaban equivocados. Para algunos, tal cambio radical de postura iba en contra de sus esperanzas, pero tuvieron que hacerlo. Thomas H. Huxley escribió: «La doctrina en el sentido de que la vida sólo puede venir de la vida, es victoriosa todo el tiempo». No fue porque la Biblia enseña que toda vida procede de Aquel en quien «vivimos, y nos movemos, y somos» (Hechos 17.28), que ellos rechazaron esta falacia científica, sino sencillamente por las pruebas de la naturaleza. Para el cristiano, la fe en el perfecto Cristo, el Señor de la creación y nuestro propio Hermano, es el criterio de toda verdad. El que la «ciencia reconocida» de hoy día contradiga a Cristo, no es algo que afecte a un discípulo fiel. Ya ha hecho así en el pasado; pero Jesucristo es «el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13.8).

Cuando el impío Pierre Simon de Laplace (1749–1827) rechazó las verdades que se enseñan en el libro de Génesis y las substituyó con su «hipótesis nebular» de la creación, muchos fueron

confundidos. Debido a que muchos científicos no andaban con Dios como sí andaban con la naturaleza, y debido a que no leían la Biblia diariamente como sí los libros humanos, se extasiaron completamente con esta nueva doctrina. No solamente fue afectada la astronomía, sino que la geología se basó con toda confianza en ella. «Durante cien años no fue cuestionada seriamente», dijo W. W. Hering. A pesar de esto, humildes creyentes en la Biblia no fueron afectados, pues su fe «no [estaba] fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios» (1ª Corintios 2.5).

Hubo un tiempo cuando a la Astrología se le consideró «científica». Todo tribunal tenía contratado a un intérprete de los cielos. Rollin T. Chamberlain informó de que Albrecht Wallenstein, el mariscal de campo bohemio de los ejércitos imperiales en la Guerra de los Treinta Años, «dependía bastante de su astrólogo, a quien siempre mantenía cerca». Incluso Johannes Kepler, un reconocido astrónomo, hizo un horóscopo para Wallenstein. No obstante, tal como Hering señaló, estos horóscopos aparentemente fallaron en advertirle al general de su asesinato, que ocurrió en Eger en 1634.

No solamente las falsas nociones de la ciencia han sido a menudo descartadas, sino que también lo han sido nociones espurias de lo que la Biblia enseña. Cuando algunos creyeron que el mundo se acabaría en el siglo primero, lo que falló fue sólo su errada idea de lo que los autores neotestamentarios habían dicho, no lo que tales autores realmente dijeron. Cuando muchos, supuestamente apoyados en la Biblia, creyeron que el mundo se acabaría en el año 1000 d. C., no pasó mucho cuando se refutaron a sí mismos —sencillamente ignoraban lo que la Biblia enseñaba. Cuando los seguidores de William Miller se ataviaron con túnicas de ascensión en 1843, eran tan sinceros como los eruditos que creen en la evolución orgánica lo son hoy día. Los adventistas han mal interpretado la Biblia tanto como los evolucionistas han distorsionado la naturaleza.

En cuanto a la verdadera ciencia y la verdadera religión, ¿qué es más importante? No importa lo que la ciencia pueda lograr, jamás será el propósito final de la vida. La ciencia está limitada; sólo trata lo natural. Puesto que el hombre es más que animal, las ciencias naturales no pueden llenar todas las necesidades del hombre. La religión, al igual que un hermano mayor, levanta al hombre y llena sus necesidades espirituales cuando la ciencia falla. La religión hace lo que la ciencia no puede por no estar equipada para ello. La ciencia es honrosa, pero más lo es la religión. «Procuramos» los dones

de la ciencia, pero hay «un camino aun más excelente». Son nociones erradas de ciencia, ha dicho el Dr. Henry Link, las que le han apartado de la religión; pero cuando comprendió mejor las ciencias él volvió a la religión y se dio cuenta de la superioridad de esta.

A pesar de los grandes beneficios que las ciencias físicas han otorgado a la humanidad —tal como una vida más prolongada, más cómoda, más libre de dolores físicos y llena de una infinita variedad de objetos interesantes y de experiencias educativas— no hay indicios de que las personas sean más felices, ni de que las familias estén más unidas, ni de que los gobiernos o instituciones políticas sean más

sabios, ni de que las naciones sean menos prontas para ir a la guerra.<sup>2</sup>

Después de dos mil años, la Psicología ha descubierto que la felicidad sólo se obtiene por medio del sacrificio de uno mismo, por medio de la negación de uno mismo. Para tener amigos, uno debe ser amigo —exactamente lo que Jesús ha estado instando a hacer todo el tiempo.

---

<sup>1</sup> *The 1997 Grolier Multimedia Encyclopedia (La Enciclopedia Multimedios de Grolier de 1997)*, s. v. “Galileo”, “Copernicus”.

<sup>2</sup> Henry C. Link, *Return to Religion (Volver a la religión)* (New York: Macmillan Co., 1936), 14–15.